



INTRODUCCION

El Plan de Ayutla, como el de Guadalupe en 1913, es breve y definido en sus propósitos. Los dos planes tienen semejanzas: impulsan la revolución del pueblo para darse las leyes que pusieran fin a la dictadura. Los dos códigos, el de 1857 y el de 1917, completan la revolución de Independencia. El de Ayutla es el plan de una burguesía en ascenso; el de Guadalupe, el de una burguesía nacional que trataba de hacer efectiva la soberanía del país. El de Ayutla plantea, en parte mínima, el problema económico: las contribuciones que pesaban sobre la población y la improvisada fortuna de los amigos de Santa Anna (Tercera consideración del Plan); el de Guadalupe, omite deliberadamente el problema agrario para uncir a los propietarios a la empresa contra Victoriano Huerta. Los dos planes, más que obras personales, son fruto de una repulsa colectiva.

El Plan de Ayutla lo proclama —1o. de marzo de 1854— Florencio Villarreal, un oscuro coronel de 48 años, nacido en La Habana, empleado en diversas comisiones militares hasta caer, a veces colérico, a veces benigno, sobre las aldeas de la Costa Chica de Guerrero. Santa Anna, concedor de lo que las palabras justas traían consigo, ordenó la pena de muerte al que fuera capturado con un ejemplar del Plan. Comonfort le dio al de Ayutla el prestigio de su obra de guerrillero contra los indios. Semanas antes, al insistir en que su salud no le permitía seguir administrando la aduana de Acapulco, recibió del propio Santa Anna la orden de partir.¹⁸⁸ Haro y Tamariz, amigo y paisano de Comonfort, hacía ostensibles sus diferencias con el dicta-

¹⁸⁸ Ray F. Broussard, *Mocedades de Comonfort*, Historia Mexicana, número 51. El Colegio de México. Vol. XIII, enero-marzo de 1964. Número 3.

dor. El 10 de enero de 1855, en una carta, rompería con Santa Anna,¹⁸⁹ abriendo otro frente, por un sólo momento favorable, contra la administración conservadora.

El 10 de marzo de 1854, Nicolás Bravo, invitado por los de Ayutla a rebelarse contra Santa Anna, publica un manifiesto reprobando la sublevación. El 12 de abril moría un antiguo soldado de Vicente Guerrero y la primera víctima de la revolución: Gordiano Guzmán. Precedió en 12 días a Bravo, muerto, con su esposa, en su casa de Chichihualco. La voz corrió afirmando que habían sido envenenados. El Plan de Ayutla levantaba a hombres nuevos, en Michoacán, Tamaulipas, Sonora. Los campesinos, los *pintos* surianos, salían de sus chozas para reunirse en la hacienda la "Providencia". Poco confiaba Alvarez en los fusilados de "chispa"; sus soldados afilaban los machetes costños: arma de los montañeses del sur. *El Ejército Restaurador de la Libertad*, como llamó Alvarez al primer pie armado de Ayutla, era, en realidad, el mismo, salvo las diferencias inevitables del tiempo, que el de Vicente Guerrero. Con sus *pintos*, salió Alvarez un 14 de marzo después de haber lanzado una proclama en cuya retórica se advierte el antiguo estilo insurgente: "¡Soldados, a la campaña." Ya nadie los detuvo. A su paso por Cuernavaca, era ya, en las páginas de los periódicos, "la pantera del Sur". Los propietarios del valle de Morelos, los que habían promovido las reacciones más violentas desde los días de Iturrigaray —Yermo fue gran propietario de tierras en Morelos— lo calumnian de los atentados en las haciendas de San Vicente y Chiconcuaque. Larga sería la consecuencia: Payno se sirvió de algunos episodios de lugar, para la trama de *Los bandidos de Río Frio* y Alvarez, defendiéndose de los cargos injustos, escribió un admirable documento político, verdadera historia de las luchas agrarias: el *Manifiesto del C. Juan Alvarez a los pueblos cultos de Europa y América*, en cuya lectura Plotino C. Rodhakanaty, en Francia, descubriera la misión de divulgar los principios del socialismo utópico en nuestro país y en cuya empresa desaparecería, después de 1878.

Las tropas de Santa Anna no lograron detener a los cam-

¹⁸⁹ Véase la carta de Haro y Tamariz a Santa Anna, en el tomo 14, pp. 59 a 62, de la *Historia de México*, por Niceto de Zamacois. Barcelona, México, 1880.

pesinos. De las aldeas y las ciudades surgían los rebeldes que harían la Reforma: Santos Degollado, en Guanajuato; en Michoacán, Pueblita y Eпитacio Huerta. En Nueva Orleans, los desterrados; Juárez, Ocampo Mata, José Dolores Zetina, Esteban Calderón y Ponciano Arriaga, abandonan sus humildes empleos y se acercan a la frontera. "Yo —escribiría Juárez a sus hijos— marché para Acapulco." El año de 1854 se prodigó en noticias perdurables: en 11 de septiembre, se estrenaba, un Himno que, despojado de las estrofas ocasionales en honor de Santa Anna, se volvería nacional en la batalla del 5 de mayo de 1862. Porfirio Díaz se sublevaba en Oaxaca; Miguel Negrete, en Zamora; Vidaurri, toma Monterrey. En 8 de julio, un canónigo de Morelia, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, era consagrado obispo de Puebla y el día 22 Comonfort ocupaba Colima. Un año después, Labastida lucha con todas sus fuerzas y anatemas contra los decretos de Comonfort. Ayutla parecía fundir a una generación en un mismo fuego: ¡*Syllabus* o *Reforma!*, según lo estableciera para siempre Ignacio Ramírez.

Los soldados de Ayutla entraron en la capital el jueves 15 de noviembre. Descorriendo la cortina de su ventana, el embajador Alexis de Gabriac los ve pasar, con asombro y desprecio. No detiene su pluma y escribe a Druyon de Lhuys: "... ¡Qué espectáculo! ... Si los del norte son espantosos a los ojos de un europeo, los del Estado de Guerrero son repulsivos. Aparecieron vestidos con trajes que atestiguaban la miseria del tesoro y la indisciplina del ejército. A los lados de la formación de la columna se veía a las mujeres, a caballo, llevando en la misma canasta hijos, harapos, maíz, pimienta, ajo, cebollas y frutas. La caballería ofrecía un aspecto aún más miserable por la enorme variedad de trajes, sin contar la impedimenta de los caballos. Esta entrada, muy tranquila, constituye la afrenta más sangrienta infligida por la revolución radical al orgullo de las gentes decentes de la capital. ¡Habría que escuchar los lamentos de los capitalinos ante la invasión de esta horda de salvajes, habría que oírlos confesar su ruina, para conocer la realidad de la situación. Cosa extraña, no se encuentra ningún mexicano que no diga: "somos un pueblo perdido y sin recursos", "es el principio del fin", "no hay ningún hombre que pueda salvarnos", "la anarquía económica es aún más profunda y más incurable que la

anarquía política”, “dentro de seis meses ya México no existirá”, etcétera. . .”¹⁰⁰ La coincidencia del punto de vista de un embajador europeo, monarquista, rabioso enemigo de las instituciones populares, era idéntico al de un propietario mexicano, hijo de españoles realistas y autor de la historia —como la del cuento árabe— de “las gotas de agua”: Francisco de Paula Arrangoiz quien, en su Historia, describió como sigue la llegada de los soldados de Ayutla: “Con el triunfo de la revolución presenciaron los habitantes de la capital la entrada de los pintos, gentes desconocidas fuera de su Estado hasta entonces, de asqueroso aspecto, muchos de ellos con más figura que de seres racionales, de monos; sucios generalmente, con oficiales de su misma raza; pueblo salvaje, muy poco numeroso felizmente, y era, sin embargo, uno de los elementos principales para dar libertad a Méjico.”¹⁰¹ Las frases que de Gabriac recogiera de la boca de algunos mexicanos, son las mismas que, ante todo ascenso popular, se propalan. Ayer como hoy .

Los episodios de 10. de marzo de 1854 al 15 de noviembre de 1855, fueron registrados por la prensa de aquellos días. *El Universal* hizo el relato oficial de la campaña y abundó en los adjetivos despectivos, las injurias y las calumnias que la prensa periódica vierte siempre contra los caudillos del pueblo. Alvarez, más que Comonfort, en quien veían un sujeto susceptible de transacciones, fue su tema predilecto. Los “rojos”, los demagogos, los puros y los pintos, enemigos de la civilización y la patria; enemigos de la independencia. ¿Revolución? Sí, para entregar a México a los Estados Unidos. ¿Conspiraciones? Sí, para despojar a los propietarios de sus bienes y a la Iglesia de los fondos de su caridad. ¿Instituciones democráticas? Sí, para hacer que el país retrocediera a la barbarie. La pluma de los redactores de *El Universal* no reposaba: ayudaban a Santa Anna a contener la sublevación, acarreado todos los adjetivos serviles. Rafael escribe, entonces, editoriales inefables a la “gloria” de Santa Anna. Las tropas de Ayutla, avanzaban. Agustín Rivera recogió un hecho singular: Los fatigados soldados de Santa Anna, en filas, esperaban la

¹⁰⁰ *Visión francesa*. Ob. cit., p. 226.

¹⁰¹ Francisco de Paula Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, Madrid, 1872, tomo II, p. 346.

llegada del dictador en Chilpancingo. Se presentó Santa Anna en compañía del general Santiago Blanco,¹⁹⁹ ministro de Guerra; de pronto, un águila real se paró entre los soldados; uno de ellos la capturó y la entregó, como trofeo, al dictador. Para los periodistas, el suceso, por singular, era simbólico; el águila estuvo en el Palacio Nacional hasta la llegada de los soldados de Ayutla. Ciertamente fue, como los de 1521, como tantos otros hechos imprevisibles en nuestra historia, un presagio.

¹⁹⁹ Agustín Rivera, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*. México, Ortega y Cía. 1904, Anotación del 30 de mayo de 1854.